

*De sus Memorias Vardiviro, afección
recuerdos de Agosti*

ALFREDO AGOSTI

Ante el castillo de Ponferrada

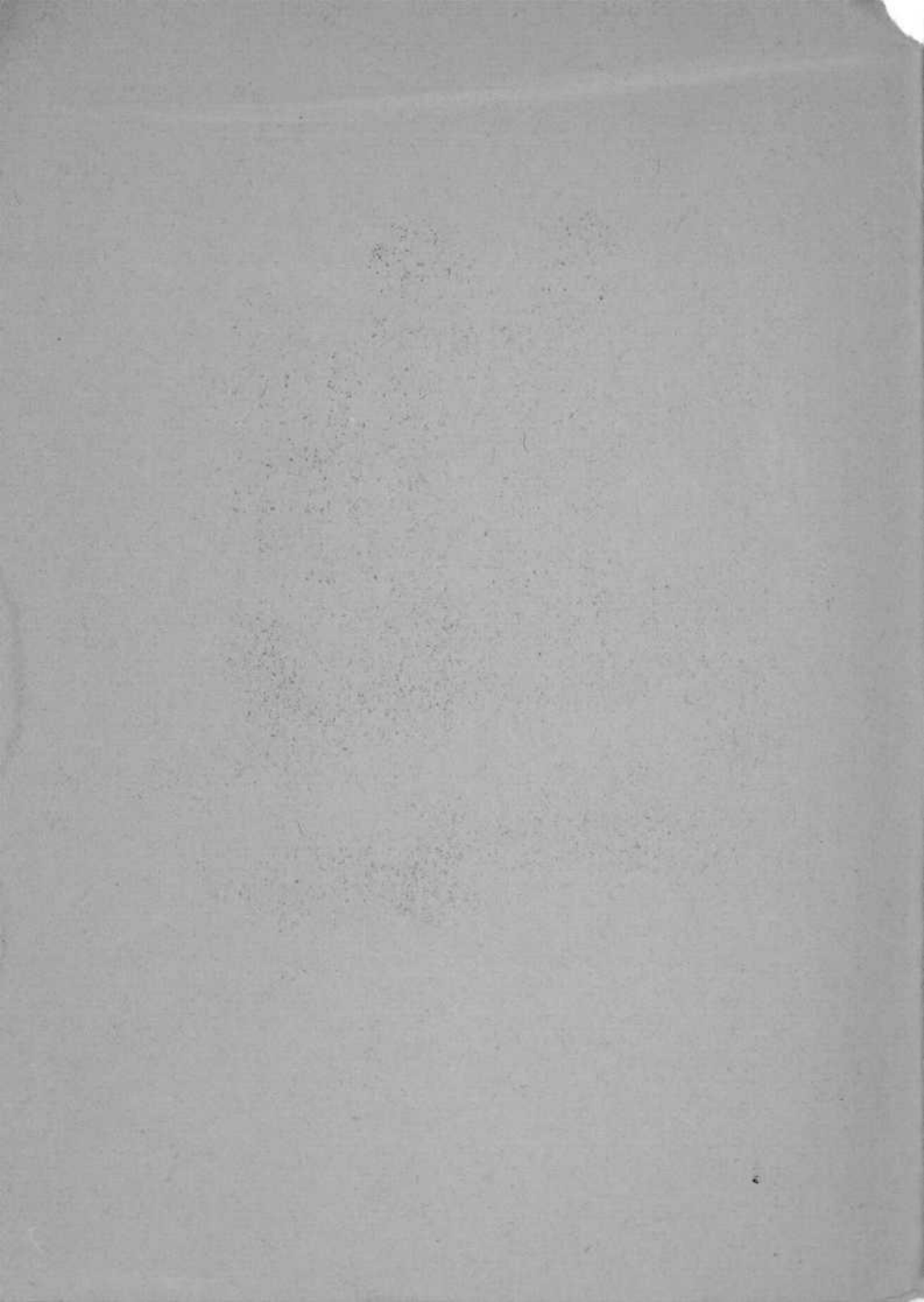
Nocturno



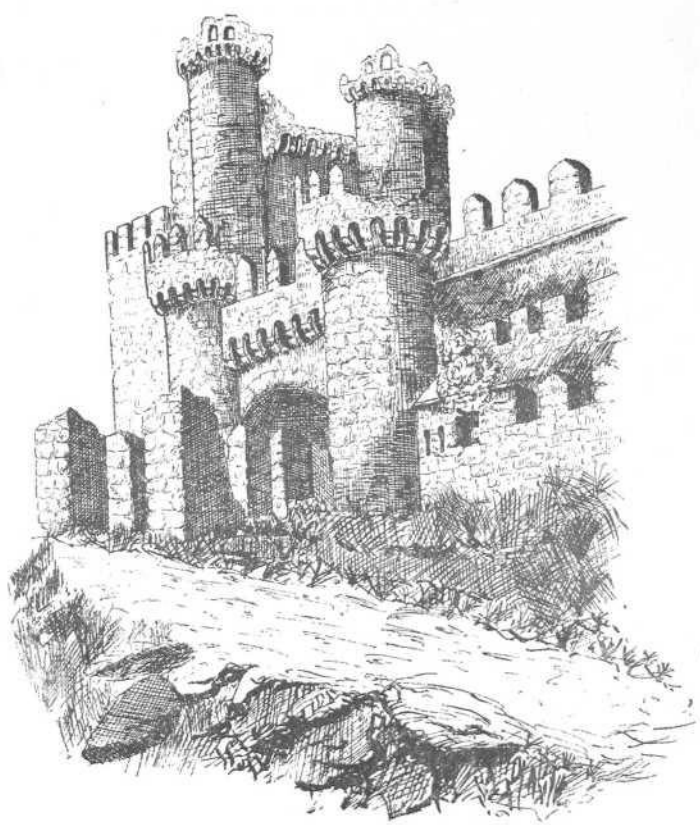
Imprenta Artística José Blass y Cía., Madrid

San Mateo, núm. 1

G-F 5061



t. 73034
DGCL
A



R.65969

N.T. 73034
C.B. 1105172

ALFREDO AGOSTI

Ante el castillo de Ponferrada

Nocturno



Imprenta Artística José Blass y Cía, Madrid
San Mateo, núm. 1



R. 65969

12/
Ag.

J. Masavech
Madrid - VI - 1954

Libreto curioso y escondido del concierto
no corriente



ENTRADA



El distinguido cantor del *nocturno* ANTE EL CASTILLO DE PONFERRADA, hijo de esta hermosa villa, ha puesto á servicio de su bien escrita improvisación dos sentimientos, á cual más noble y elevado: su corazón de poeta, delicado y algo romántico; su amor á la *patria chica*, siempre reconocido. Con ambos elementos, canta las grandezas de una historia medioeval, para evocar, con amargura, la marcha de las corrientes modernas que integran un concepto social desconocido en otros siglos. Y al hacerlo, en verso libre y galana forma, rinde culto á la verdad, para lamentar el desdichado abandono en que se encuentra el castillo más hermoso y más esbelto de las construcciones de aquellos tiempos. El poeta denuncia esa ruina arquitect-

tónica y siembra la semilla para que quien pueda vuelva la vista y, dando tregua á las miserias de *campanario*, gestione y consiga amparo y ayuda del Gobierno, á fin de restaurar aquella joya convertida en vivero de jaramagos y helechos, también envejecidos por la apatía y olvido de los pueblos. El propósito es digno de una acogida generosa. El que la adopte merecerá honra de la comarca berciana, porque es agradecida siempre á los favores que la otorgan.

El poeta no puede hacer más que llorar sobre las ruinas de una gloria perdida para el arte, y Ponferrada debe estimarle su esfuerzo. Es lo menos que debe darse á quien tanto quiere á su tierra y tan modestamente rinde su lira á sus pies en holocausto de su historia.

N. M. A.

Ante el castillo de Ponferrada





NOCTURNO

Era por Julio: terminaba el día.
Con paso perezoso, del trabajo
los labradores á su hogar tornaban
cansados del trajín, que hora tras hora
tuvieran todo el día, recogiendo
la mies dorada, que hacinada dejan,
redondeadas pirámides formando,
para después, con el ardor de siempre,
comenzar las faenas del desgrane,
del triturar la amarillenta paja
y del polvo aventar, para en su día
limpio guardar el sazonado fruto.



Sonaba la oración. La hermosa villa donde se abrieron á la luz mis ojos por la primera vez, no menos bella con la luz del crepúsculo se hallaba, que cuando el sol en el cenit luciendo iluminara sus encantos todos: sus cármenes tan bellos y floridos, sus vegas dilatadas y frondosas, sus montañas, las unas tapizadas de perenne verdor, que hacen contraste con otras escarpadas, cuyas cimas, altísimas y agrestes, siempre cubren ó bien las nieves con su blanco manto, ó bien las nieblas con su densa bruma; los dos ríos caudales que la riegan, que anchas cintas semejan de esmeralda y que por cauces peñascosos corren con rapidez vertiginosa á unirse de ella á un extremo en clamoreo continuo, que repiten los montes y los valles; su vetusto castillo, abandonado, objeto entonces de mis sueños todos, del que las plantas trepadoras cubren

casi al completo los grietados muros,
y cuyo suelo en libertad alfombran
jaramagos y helechos, donde sólo
puede escucharse el rebramar del viento
y el plañidero grito de las aves,
amantes de la noche y de las ruinas.

Castillo, que recuerda del Templario
la antigua institución, como ninguna
en esplendores, en grandezas rica
y de inmenso poder, que al fin en humo
ambiciones de Papas y Monarcas
hicieron convertir; que me recuerda
la edad aquella borrascosa y ruda
de revueltas y luchas continuadas,
que si atesora inmarcesible gloria,
tinta está en sangre, que el humano encono
hiciera derramar en mil combates.
Castillo por el tiempo derruído

y por el hombre, que á su vez le ayuda
con el rudo golpear de la piqueta
á hacer escombros sus cuarteados muros,
arrastrado por torpes egoismos
ó de afán destructor, que nadie explica.

Y más bella, más bella aparecía:
porque siempre la hora del crepúsculo,
lo mismo el que denuncia la mañana
como el que empieza al declinar la tarde,
de misterio y amor lo llenan todo;
de las cosas agrandan la belleza:
que si al uno lo viste el sol naciente
con ropaje de luz esplendorosa,
pareciendo que en él ruidosa vibra
la risa de los ángeles, al otro,
que parece refleja de los mismos
la dulce vaguedad de los ensueños,
viste también con tenues resplandores
de vacilante luz, hasta que lento,

majestuoso y espléndido se eleva
sobre un nuevo horizonte á quien colora
y despierta con besos de su lumbre.

Porque nada enamora ni cautiva
cual lo vago, lo incierto y misterioso;
viva mantienen la esperanza nuestra
y creciente tensión dan al deseo:
mirad á una mujer, vedla de forma
que las curvas y gracias de su cuerpo
adivinar se dejen, y la mente
más que ella sea, la creará de hermosa,
la seguirán tenaces vuestros ojos
y con ansia mayor, que á la que muestre
por completo su encanto y hermosura.

Avanzaba la noche; los rumores
nacidos de los ríos solamente
se dejaban oír, ya lastimeros,
como expresión de inacabable pena,
ya amenazantes y rugiendo sordos,

cual protestando de un luchar continuo con los mismos obstáculos de siempre en cauce estrecho las inquietas aguas de esos dos ríos, que al chocar se espuman y hace que aumenten en veloz carrera hasta que llegan con el mar á unirse.

La luna apareció; tenues celajes velaban su brillar pálido y frío; azul y obscuro el cielo, el horizonte formaba caprichoso acantilado de aglomeradas, blanquecinas nubes; la llanura desierta y en silencio; los montes y los valles en las sombras que aquéllos proyectaban, y el castillo famoso del Templario aparecía casi desvanecido por la débil ligera vaguedad de la penumbra.

Yo contemplaba, cerca de él, absorto,
tan hermoso paisaje, al que la luna
daba tonos de magia y de tristeza;
aquella soledad; aquel misterio
que en torno me rodeaban; el castillo,
las consejas que de él oí en mi infancia
referir en las noches invernales,
con miedo á veces y anheloso siempre
por saber el misterio que encerrado
estar debiera en sus vetustos muros;
el rumor continuado de los ríos;
del valle lo sombrío; de los montes
las gigantescas sombras coronadas
por la luz melancólica del astro,
rey de la noche, y hasta aquella hora,
propia de las fantásticas ideas,
hicieron á mi mente transportarse
á muy lejana edad; de mi memoria
se borró por completo del presente
la más leve noción, y de mí mismo
quedé como olvidado, sin que al sueño
mis sentidos ni un punto se rindieran.

Y así abstraído, obsesionado, pronto

por mares de ficción la mente mía
arrastrarse dejó plácida y suave,
cual sobre mar sereno y bonancible,
impulsada por brisa halagadora,
nave ligera deslizarse deja.

Cual si por él el paso de los siglos
no dejara señal ni rastro alguno,
ese castillo, convertido en ruinas,
de pronto ante mi vista aparecióse
todo él, completo, majestuoso, erguido,
como fuera en un tiempo ya lejano:
con sus cubos, sus muros y almenaje,
su puente elevadizo y ancho foso,
sus matacanes y pesadas puertas,
sus ventanas y grandes torreones,
y en uno, en el más alto, tremolando
de combate el pendón de los Templarios.

Todo me parecía que á la vida
tornaba en él, porque hasta mí llegaban
el ruido de las armas, que atemora;
el inquieto piafar de los corceles,
que la salida próxima olfatean;
voces de mando, que el luchar anuncian;
el metálico son de los clarines,
que el viento rasga con vibrantes notas
y el ánimo electriza y enardece
del que sueña con días de combate;
del centinela, que el espacio abarca
con su mirar escrutador y fiero,
que las negruras de la noche avivan,
la preventiva voz diciendo ¡alerta!,
que otros repiten en el mismo tono,
como si fueran solamente un eco,
que luego se prolonga, se prolonga
en descenso gradual, hasta perderse
en los senos de ignotas lejanías;
el chirriar que producen las cadenas
al levantar el férreo rastrillo,
y el ruido que se escucha cuando el puente
tendido cae sobre el mural del foso.

Todo claro lo oí; todo á mi vista
se presentó como verdad viviente:
tan grande era el poder de aquel encanto,
tal la obsesión de todos mis sentidos.

Del castillo bailial de Ponferrada,
saliendo por el puente elevadizo,
cubiertos de bruñidas armaduras,
preparadas las armas de combate,
por guía llevando su pendón de guerra,
en su pecho la cruz y en Dios la mente,
van los Templarios en silencio, erguidos,
jinetes en sus bélicos corceles.
¿Adónde van? ¿Quizá nueva Cruzada
los llama á combatir cual otros días?
¿Papal poder, algún imperio acaso
necesitan su ayuda poderosa,
por creerse, tal vez, amenazados
de otros nuevos poderes que quisieran
por completo anular, sin importarles

que su tiempo pasara y que los pueblos,
á tenor de la marcha de los siglos,
nuevo vigor y savia necesitan
si es que al progreso su mirar dirigen?
¿Y los llaman, los llaman para juntos
hacer frente á esos nuevos poderíos?

¡Los llaman, sí; mas sólo á que respondan
á cargos que hacinaron contra ellos! . . .

¿Eran justos? ¡Quién sabe! ¿O hijos eran
de ambiciones de papas y monarcas?

¡Quién puede contestar! . . .

¡Estos quisieron
ser solos en poder, ser absolutos,
ver enfrente de sí tan sólo esclavos . . . ;
por conseguirlo combatieron siempre
al feudal señorío, no entendiendo
que era el firme cimiento de sus tronos! . . .
¡Y el feudalismo terminó sus días! . . .
Y los tronos quedaron vacilantes
en manos de bufones y validos
y siendo, para mengua, muchas veces,
juguetes de viciosas cortesanas.

Hoy los tronos no son: es el Estado.

Y ya para anularlo, enfurecidas,
con salvaje sentir, las muchedumbres
se agitan sin cesar, protestan, quieren
que toda autoridad desaparezca,
que la actual sociedad salte en añicos,
y que otra surja, donde viva el hombre
como viviera en los primeros días.

¿Y lograrán vencer? Ruda es la lucha,
mas utópicos son tales anhelos;
los primitivos tiempos ya pasaron
y es retroceso pretender que vuelvan.

Las sombras de la noche se despiden;
el color sonrosado de la aurora
comienza á iluminar el horizonte;
la villa en que nació vuelve á la vida;
de sus valles, montañas y riberas
las bellezas se muestran por completo;
ya suenan las campanas de sus torres
con notas de esperanza y alegría;

ya no es triste el murmullo de los ríos;
ya el castillo bailial, abandonado,
vuelvo yo á ver en afrentosa ruina;
ya no alienta la vida entre sus muros;
ya no ostenta su torre de homenaje
de combate el pendón de los Templarios:
¡Ya todo terminó! . . .

¡De éstos, ni huellas
de su paso dejaron los corceles! . . .
Para siempre quedaron sepultados
en la región helada del olvido.

Ponferrada, Noviembre, 1911.

